

La fuga de Sikes

Faltaban dos horas para el amanecer, y las calles estaban desiertas. Fagin esperaba sentado en su guarida, con la mirada clavada en el fuego del hogar. Tenía la cara pálida y los ojos rojos y, más que un hombre, parecía un espíritu maligno.

De repente, se oyeron pasos en la calle, y Fagin susurró:

—¡Por fin!

Llamaron a la puerta. Era Sikes. Fagin le hizo una seña para que guardara silencio y lo condujo hasta la salita.

—Tienes que saberlo, Bill —dijo Fagin—. ¡Bolter la ha seguido y ha descubierto que...!

—¿De qué me hablas? —preguntó Sikes, desconcertado.

Entonces Fagin despertó al *señor Bolter*, que dormía en un colchón tendido sobre el suelo.

—Anda, Morris —le dijo—, cuéntale *eso* al señor Sikes.

—¿Qué tengo que contarle?
—replicó Noah, medio dormido.

—¡Lo de Nancy! —respondió Fagin—. ¿No es verdad que la seguiste hasta el puente de Londres?

Estimulado por un par de pescozones, Noah volvió a referir todo lo que había visto. Sikes escuchó con atención y, cuando el

señor Bolter acabó de hablar, salió corriendo de la casa como alma que lleva el diablo.

—¡Bill, Bill! —le gritó Fagin—. ¡Ten piedad, no seas demasiado... violento!

Pero Sikes no contestó. Caminaba tan deprisa que en pocos minutos ya estaba en su casa.

—¡Levanta! —le ordenó a Nancy nada más llegar.

Los primeros rayos de sol comenzaban a asomar por la ventana. Nancy se incorporó para descorrer las cortinas.

—¡Deja eso! —dijo Sikes—. Tengo luz suficiente para lo que voy a hacer.

—¿Qué quieres decir? —preguntó la muchacha, alarmada—. Dime, Bill, ¿por qué me miras de ese modo?

Antes de que la joven pudiera decir nada más, Bill ya le apretaba el cuello con las manos.

—No pienso gritar, Bill —balbució la muchacha—. Pero, por favor, sólo dime qué es lo que he hecho.

—Lo sabes de sobras.

Sikes sacó su pistola, dispuesto a disparar. Pero sabía que, a aquellas horas, el estruendo de la pólvora alertaría a todo el vecindario, así que optó por golpear a Nancy con la culata de la pistola. Al recibir el golpe, la muchacha se tambaleó y cayó al suelo, aunque aún tuvo tiempo de arrastrarse hasta los pies de Sikes y suplicar clemencia. Pero no sirvió de nada: Sikes alzó un bastón y le propinó a Nancy un golpe seco en la cabeza que la dejó inconsciente. Algunas horas después, un sol radiante iluminó la habitación donde yacía el cadáver de la muchacha en medio de un gran charco de sangre.

Para entonces, Bill ya no estaba en Londres, sino que deambu-

labo por las afueras: cruzaba caminos y campos solitarios sin otra compañía que la de su perro, que lo seguía a todas partes. Si le hubieran preguntado adónde iba, Sikes no habría sabido qué responder, pues caminaba sin rumbo cierto.

Aquella noche, durmió entre unos árboles, pero se despertó varias veces, sobresaltado por el recuerdo del cuerpo muerto de Nancy. Era como si el cadáver de la muchacha lo persiguiera, y como si un último grito de horror se hubiera quedado grabado para siempre en sus oídos.

Cuando se levantó por la mañana, vio que el perro seguía a su lado, y entonces se dio cuenta del peligro que representaba aquel animal. ¡Seguro que la policía estaba buscando a un sujeto que iba con un perro! Sin pensárselo dos veces, decidió ahogarlo en un canal cercano. Pero el perro adivinó las intenciones de su amo y echó a correr. Bill comenzó a silbarle.

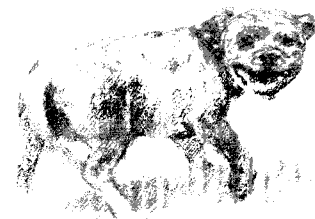
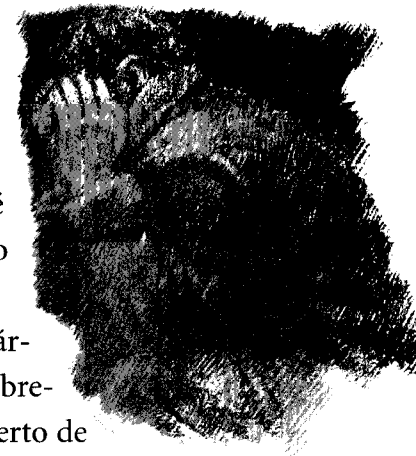
—¡Ven aquí! —le decía—. ¡Vamos, ven de una vez!

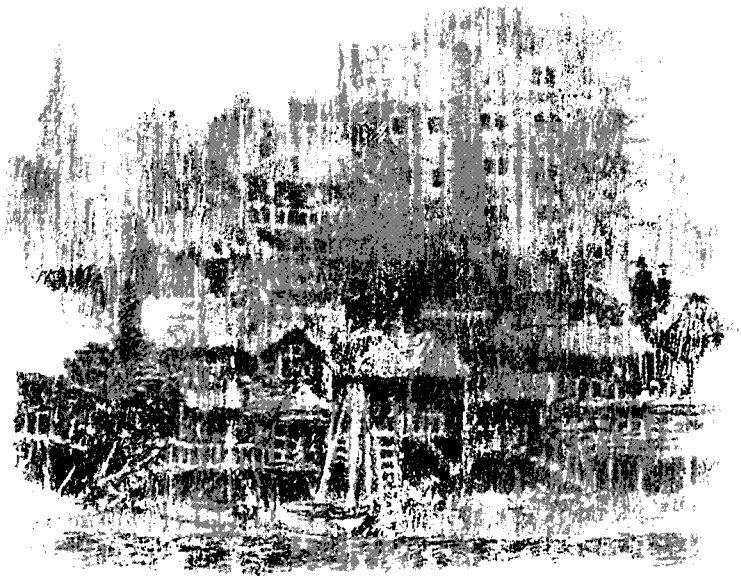
Al fin, Sikes se cansó de insistir, y empezó a tirarle piedras.

—¡Maldito chuchó! —gritó—. ¡Te vas a enterar!

El perro corrió y corrió, cada vez más asustado. Hubo un instante en que se detuvo y miró hacia atrás, pero seguía teniendo miedo, así que echó a correr de nuevo hasta perderse.

Su amo lo esperó durante horas, pero el perro no regresó. Entonces, cansado de vagar por el campo, Sikes tomó la decisión de volver a Londres.





Cerca del Támesis hay una zona donde se apiñan casas bajas y de tejados desiguales, ennegrecidas por el humo de los barcos carboneros. Allí se encuentra uno de los rincones más sucios del mundo, que la mayoría de los londinenses desconoce. Es la isla de Jacob, también conocida como el Foso de la Locura, un lugar inmundo rodeado de lodo y perdido tras un laberinto de callejones. Allí las casas no tienen dueño, así que, cuando alguien tiene poderosos motivos para esconderse, rompe una puerta y entra. Y allí pasa sus días, y allí muere cuando le llega la hora, rodeado de miseria y porquería.

En el piso de arriba de una de estas casas se habían refugiado tres malhechores: Toby Crackit, un joven de unos dieciocho años que respondía al nombre de Tom Chitling y un ladrón de cincuenta llamado Kags. Hablaban de la detención de Fagin.

—Charley y yo pudimos escapar por la chimenea —explicaba Toby—, pero a Morris Bolter y a Fagin los atraparon.

—¿Y dónde está el *maestro* Bates? —intervino Kags.

—No lo sé —respondió Chitling—. Nos separamos y quedamos en vernos aquí. No había otro sitio donde meterse: *Los lisia-*
dos está controlado por la policía.

—Esto es una escabechina —concluyó Toby mordiéndose los labios.

—En dos días, Fagin estará colgado de la horca —profetizó Kags.

Los tres se quedaron pensativos. Estaban imaginándose al viejo Fagin en la horca cuando, de pronto, un perro entró corriendo en la casa.

—¡Es el perro de Sikes! —dijo Toby.

—No puede haber llegado solo, ¿no os parece? —apuntó Chitling.

Toby dijo que no con la cabeza.

—Sikes se marchó al campo —dijo Kags—, y seguro que lo abandonó antes de irse.

Todos pensaron que Kags estaba en lo cierto. Y, mientras los tres delincuentes se hacían preguntas, el perro se escurrió bajo una silla y se puso a dormir.